

## TOMAS SEGOVIA

### TRES POEMAS DEL VERANO

#### SANGRE DEL VERANO

*Las mujeres, ah, arrastran el verano como un palanquín despótico de vastas ascuas desvencijadas. El verano con su caricia incauta les atenaza el rostro, les levanta rudamente los inflamados pómulos, los ojos empujados no pueden liberarse del agua ardiente que se mueve en ellos. El verano les busca por el vientre el tenebroso cuajo de su sangre, su sueño es estancarse anegando ese nido. El hombre tiene que saber entonces no apartar la sorda mano de aquella fiebre tiranizada, como si pudiera la pobre flexibilidad de sus mufecas por una vez hilar los temblores lunáticos. Entre los dos tienen que deshacer el abrazo aferrado del verano, arrancarlo de la sangre encharcada del fondo hembra del mundo, donde quiere pesar anclando para siempre el tiempo allí; entre los dos echarlo a andar por esos mundos con torpes pasos de hombre.*

#### TRABAJOS DE VERANO

*El verano ensancha enormemente su copa engeguecedora de aclamada barbarie en cuyo fondo negrea una tenue carbonilla de locura. La gran luz corpulenta, sorda boa obcecada que se ha comido el mundo, digiere con extravío, se le van a ratos los ojos en esa terquedad trastornada de un proceloso procesamiento. Esa resaca diluida en su fuerza nos desplaza como un peso hacia un desesperado borde del esplendor, hay que plantar bien el pie y de pronto la piedra es una nueva ligereza contra el lento irse a pique. Tanta devoradora blancura sin respiro acaba por*

invertir nuestra vista del mundo: flota la pesada tierra, vuelan las madrigueras de sombra liberada, en la aridez opaca se aclara el ofuscamiento. Y la piedra en su inesperada ligereza revela el alma risueña de su envés, su destino súbitamente indudable de claro fondo acuático y origen de aguas vivas.

La estación más difícil de domar es el verano irreprochable, hay que traerlo a casa como un noble animal poderoso después de haber vencido juntos la demencia.

### RECuento

Como el unánime verano aquí las horas me rodean. Soy su antiguo pastor detenido a esperarlas, en postura de callado rompeolas, bañado por la espuma en que siguen llegando. Protegido de las brasas del azul, que eternamente esterilizan la cama del mañana, pues aquel que se vuelve a mirar su rebaño está siempre al amparo de una grave enramada. Paciencia, pastor de días, no vayas a querer nunca llamarte capitán.